biera dividido en dos, como si la mitad de los gritos que habían llegado á él desde aquél maravilloso camino, hubiesen encontrado eco en los corredores del gigantesco edificio á sus espaldas. Maravillado y confuso, sintiendo un impotente deseo de resistirse, Graham fué entre conducido y arrastrado á través del corredor de pilares, y bien pronto se encontró sólo con Howard en una especie de ascensor, remontándose velozmente.

CAPITULO VI

EL SALÓN DEL ATLAS

Desde el momento en que el sastre se había despedido de él, hasta el momento en que Graham se encontró en el ascensor, apenas si habían transcurrido cinco minutos. Y así como todavía la broma de aquel largo intervalo de sueño se cernía sobre él, del mismo modo la inicial extrañeza de estar vivo en un siglo tan remoto lo llenaba todo, con un sentimiento de admiración, sobrenatural, con algo de la calidad de un sueño realista. Estaba todavía sujeto, atónito espectador, y sólo medio desembarazado en la vida. Lo que había visto, y especialmente aquel tumulto, contemplado desde el parapeto de la terraza, le parecía un espectáculo, semejante á una cosa presenciada desde el palco de un teatro.

—No he comprendido—dijo.—¿Qué ha ocurrido? Mi cabeza es un torbellino. ¿Por qué gritaban? ¿Qué peligro amenaza?

—Tenemos nuestros sinsabores—dijo Howard. Sus ojos evitaron las interrogadoras miradas de Graham.—Atravesamos un período de intranquilidad. Y, finalmente, la aparición de usted, su despertar precisamente en estos momentos, tiene cierta relación...

Hablaba á fragmentos como quien no está seguro de lo que se dice. Se detuvo bruscamente.

—No comprendo—dijo Graham.

—Más tarde verá usted con mayor claridad—replicó Howard.

Miró hacia arriba con inquietud, como si encontrase demasiado lento el movimiento del ascensor.

—No dudo que lo comprenderé mejor cuando vea más claramente trazado mi camino—dijo Graham desorientado.—Esto es... hay motivos para estar perplejos. ¡Hasta ahora todo es tan extraño! Nada parece posible. Nada. Ni siquiera en los detalles...

El ascensor se detuvo, y se apearon en un estrecho pero larguísimo corredor entre altas paredes, á lo largo de las cuales corría extraordinario número de tubos y gruesos cables.

—¡Qué lugar tan inseguro!—dijo Graham.—¿Es todo ello un solo edificio? ¿Qué usos tiene?

—Es uno de los varios centros públicos para ciertos servicios. Luz, fuerza, y otros.

—¿Era un tumulto político... aquél... en el camino? ¿Qué forma de gobierno impera? ¿Tienen ustedes policía aun?

—Mucha—dijo Howard.

—¡Mucha!

—Sobre unos cuarenta.

—No lo entiendo.

—Probablemente no. Nuestro órden social debe parecerle á usted demasiado complicado, yo mismo no lo comprendo muy claramente. Ni creo que nadie. Usted quizás pueda... más adelante. Ahora vamos al Consejo.

La atención de Graham estaba dividida entre la urgente necesidad de sus investigaciones, y la gente que encontraba en los corredores y patios por donde pasaban. A veces su mente estaba concentrada sobre Howard y las ambiguas respuestas que daba, y luego perdía la hilación, atraído por alguna viva é inesperada impresión. A lo largo de los corredores, en los patios, la mitad de las personas que veía llevaban el uniforme encarnado. La tela azul pálido tan abundante en la nave del camino movible, no se veía allí. Invariablemente aquellos hombres le miraban y le saludaban á él y á Howard cuando pasaban.

Tuvo la clara visión de haber entrado en un largo corredor, y allí había gran número de muchachas sentadas en asientos bajos y en la actitud del que asiste á una cátedra. No vió profesor, sino un nuevo aparato del cual imaginó que procedía una voz. Las jóvenes le miraron á él y á su conductor, á su parecer, con curiosidad y sorpresa. Pero pasó antes de que pudiese formarse una idea de la índole de aquella reunión. Juzgó que conocerían á Howard y que se preguntarían sobre él. Aquel Howard, al parecer, era una persona de importancia. Pero al propio tiempo era el guardián suyo meramente. Esto era raro.

Llegó á un corredor á media luz, y en este corredor colgaba un pasillo, de modo que podía ver los piés y piernas de las personas que iban y venían, pero nada más. Después vaga confusión de galerías y algún transeunte que casualmente volvía la cabeza para mirar á la presurosa pareja.

La duración de los tónicos que había tomado no era de mucho tiempo. Sentía ya cansancio por tan rápida caminata. Dijo á Howard que acortase el paso. Pronto estuvo en un ascensor que tenía una ventana sobre el gran camino, pero aunque abrieron el vidrio estaban demasiado elevados para poder ver las movibles plataformas á sus piés. Sólo vió personas que iban y venían á lo largo de cables de aspecto endeble.

Y después pasaron á través de la calle á una gran altura. La cruzaron mediante un puente cerrado con cristales, tan claro, que le daba vértigos sólo recordarlo después. El suelo era asimismo de cristal. Por la memoria del acantilado entre New Quay y Boscastle, tan remota en el tiempo y tan reciente en su experiencia, parecióle que debían estar á unos cuatrocientos pies sobre el camino movible. Se detuvo, miró abajo, entre sus piés, sobre la agitada muchedumbre encarnada y azul, diminuta y lejana, luchando y gesticulando todavía frente á la pequeña terraza, tan distante, que parecía un juguete y donde había estado él, no hacía mucho rato. Un hombre sentado en un pequeño asiento de madera, bajando de algún punto mucho más elevado que el estrecho

puente, se deslizaba por un cable con tanta velocidad como si cayese. Graham se detuvó involuntariamente para observar cómo el extraño viajero desaparecía en una abertura circular, y luego volvió de nuevo los ojos á la tumultuosa lucha.

A lo largo de una de las secciones más rápidas corría un grupo de cosas encarnadas. Estas cosas se tornaron en figuras humanas al aproximarse á la terraza, y después huían saltando á las plataformas más bajas y de allí al lugar donde la lucha era más encarnizada. Aquellos hombres de encarnado parecían armados de palos ó garrotes; los esgrimían y empleaban contra la multitud. Un gran vocerío, gritos de furor, rugidos, llegaron hasta Graham.

—Adelante—exclamó Howard asiéndole del brazo.

Otro hombre pasó descendiendo por un cable. Graham levantó los ojos para ver de dónde venía, y á través del vítreo techo y de la red de cables y alambres, vió confusas formas pasando como las de un molino de viento, y entre ellas, ojeadas de un remoto y pálido cénit. Después Howard le hizo adelantar y se encontraron en un estrecho pasillo decorado con modelos de geometría.

—Deseo ver más de esto—exclamó Graham resistiéndose.

—No, no—dijo Howard sin soltarle el brazo.—Por aquí. Debe usted seguir este camino.

Y los hombres de encarnado que les seguían, parecían dispuestos á apoyar sus órdenes.

Algunos negros, con un curioso uniforme amarillo y negro se vieron al extremo del pasillo, y uno se apresuró á levantar una compuerta corredera por donde pasaron. Graham se encontró en una galería donde remataba una vasta cámara. El negro cruzó ésta, abrió otra compuerta, y esperó.

El lugar tenía la apariencia de una antecámara. Vió cierto número de personas en el espacio central, y en el extremo opuesto, una ancha é imponente puerta á la que se subía por unas cuantas gradas, cubierta con pesados cortinajes, pero dejando entrever la idea de otro salón más vasto detrás. Vió hombres blancos con uniforme en-

carnado y otros negros de amarillo y negro, que permanecían junto á aquella puerta.

Al cruzar la galería oyó debajo un murmullo de «El durmiente» y observó miradas de curiosidad y observación. Entraron en otro pequeño pasillo, en la pared de esta antecámara, y se encontró en otra galería de metal que se extendía en uno de los lados del gran salón que había supuesto detrás de los pesados cortinajes. Entró en el local por uno de los ángulos, de modo que pudo apreciar plenamente sus gigantescas proporciones. El negro, con uniforme de color de avispa, estaba sentado, como un sirviente solícito, y cerró la puerta trás él.

Comparado con los lugares que Graham había visto hasta entonces, este segundo salón parecía decorado con extrema riqueza. Sobre un pedestal, en el extremo opuesto, é iluminado con más brillantez que ningún otro objeto, se veía una colosal figura blanca de Atlas, fuerte y musculoso, llevando el globo sobre sus hombres. Fué la primera cosa que llamó su atención, tan inmenso era, tan real, tan blanco y sencillo. Salvo esta figura, y un estrado en el centro, todo lo demás del inmenso pavimento estaba vacío. El estrado aparecía remoto por las dimensiones del área, y se le hubiese tomado por una mera plancha de metal, á no ser por el grupo de siete hombres que estaban sobre él, alrededor de una mesa, y daban una idea de sus proporciones. Todos ellos llevaban blancas vestiduras, parecían haberse levantado de sus sillas en aquel momento y miraban fijamente á Graham. Este vió en uno de los ángulos de la mesa, varios aparatos de uso desconocido.

Howard le acompañó á lo largo de la galería hasta estar al extremo opuesto de la gigantesca figura. Allí se detuvo. Los dos hombres encarnados que les habían seguido hasta entonces se colocaron uno á cada lado de Graham.

—Permanezca usted aquí — murmuró Howard — unos pocos momentos—y, sin esperar respuesta, salió apresuradamente por la galería.

—¿Pero, por qué?—exclamó Graham.

Hizo un movimiento como para seguir á Howard, pero uno de los hombres de encarnado le obstruyó el paso.

—No puede usted moverse de aquí, señor—dijo.

—¿Por qué?

Ordenes, señor.

—¿Qué órdenes?

—Nuestras órdenes, señor.

Graham procuró contenerse.

—¿Qué lugar es este?—dijo después.—¿Quiénes son esos hombres?

—Los lores del Consejo, señor.

—¿Qué Consejo?

—El Consejo.

—¡Oh!—dijo Graham, y después de una tentativa, igualmente ineficaz, con el otro hombre, se acercó á la barandilla y miró á los hombres de blanco, que le observaban, y cuchicheaban entre sí.

¡El Consejo! Notó que ahora eran ocho, pero no había visto la llegada del nuevo. No hacían movimiento alguno de acogida; le contemplaban como en el siglo XIX un grupo de curiosos hubiera contemplado desde la calle, un distante globo salido de entre las nubes. ¿Qué Consejo podía ser el que estaba reunido allí, este pequeño grupo de hombres debajo del significativo blanco Atlas, privados de todo auditorio en aquel vasto departamento? ¿Y por qué le habían llevado ante ellos, y le miraban de un modo tan extraño, y hablaban en voz baja?

Howard apareció, caminando vivamente á través del brillante pavimento, hacia la mesa. Al llegar á ésta, inclinóse é hizo algunos peculiares movimientos aparentemente de carácter ceremonioso. Después subió los escalones del estrado, y se detuvo junto á los aparatos.

Graham observaba aquella visible pero no perceptible conservación. De vez en cuando, uno de los hombres de blanco ropaje le dirigía una mirada oblícua. En vano aguzó el oido. Los gestos de dos de los lores se hicieron animados. Graham pasó la mirada de ellos á los impasibles rostros de sus oyentes... Cuando volvió á mirar de nuevo, Howard extendía las manos y movía la cabeza como un hombre que protesta. Fué interrumpido, á lo

que pareció, por los golpes de uno de aquellos personajes sobre la mesa.

La conversación duró un espacio de tiempo interminable á juicio de Graham. Sus ojos se alzaron al inmóvil gigante á cuyos piés se sentaba el Consejo. Después recorrieron las paredes del departamento. Estaba decorado con grandes y pintados tableros de un estilo casi japonés, algunos de ellos muy bellos. Estos tableros estaban encajados en un grande y detallado bastidor de metal oscuro, que se prolongaba hasta las metálicas cariátides de las galerías. La fácil gracia de aquellos tableros ponía de relieve al elevado y blanco Atlas en el centro del salón. Después Graham volvió los ojos al Consejo, y vió que Howard descendía del estrado. Cuando sus facciones fueron visibles para él, Graham notó que estaba encendido como el fuego; su aspecto era aún turbado cuando apareció á lo largo de la galería.

—Por aquí—dijo concisamente, y se aproximaron en silencio á una puertecilla que se abrió á su llegada. Los dos hombres encarnados se detuvieron uno á cada lado de esta puerta. Howard y Graham pasaron, y Graham, echando una mirada hacia atrás, vió al blanco Consejo, aun agrupado y contemplándole. Después, la puerta se cerró tras él, con pesado rechinamiento, y, por la primera vez desde que había despertado, se encontró rodeado de silencio. Ni aun el pavimento sonaba bajo sus piés.

Howard abrió otra puerta y se encontraron en la primera de dos habitaciones contiguas decoradas y amuebladas de verde y blanco.

—¿Qué Consejo es ese?—preguntó Graham.—¿Qué estaban discutiendo? ¿Qué tienen que ver conmigo?

Howard cerró la puerta cuidadosamente, lanzó un hondo suspiro y musitó algo entre dientes. Anduvo en sentido diagonal hasta el ángulo, y regresó con las mejillas enrojecidas otra vez.

—¡Uf!—exclamó en tono de fastidio.—Es necesario que usted comprenda—dijo bruscamente evitando las miradas de Graham,—que nuestro orden social es muy complicado. Una media explicación, una mera divagación le dejaría á usted falsas impresiones. En verdad... es un

caso de intereses compuestos, en parte... su pequeña fortuna, y la fortuna de mi primo Warming, que heredó usted... y otras nacidas después... todo esto ha llegado á ser muy considerable. Y por otra parte, que le sería á usted difícil comprender... usted ha venido á ser persona de gran consideración... de inmensa consideración... relacionada con los asuntos del mundo.

Se detuvo.

—¿De veras?—dijo Graham.

—Tenemos graves complicaciones de orden social.

—¿Sí?

—Las cosas han llegado á un extremo, que, realmente, la prudencia dicta que sea usted recluído.

—¡Tenerme prisionero!—exclamó Graham.

—Bueno... rogarle á usted que se mantenga en reclusión...

Graham se volvió á él.

—¡Es muy extraño!—dijo.

—No se le hará á usted el menor daño.

—¡Daño!

—Pero es necesario que permanezca usted aquí...

—Mientras que me pongo al tanto de mi posición, presumo.

—Precisamente.

—Entonces, está bien. Empecemos. ¿Qué peligro habría?...

—Aun no.

—¿Por qué no?

—Es una historia muy larga, señor.

—Mayor razón para empezarla inmediatamente. Usted dice que soy un personaje importante. ¿Qué eran aquellos gritos que he oído? ¿Por qué la muchedumbre aparece excitada á mi despertar, y quiénes son esos hombres vestidos de blanco reunidos en aquel inmenso departamento?

—Todo á su debido tiempo, señor—dijo Howard.—No nos precipitemos, no nos precipitemos. Estamos en uno de esos calamitosos tiempos en que nadie tiene la cabeza sentada. Su despertar... nadie lo esperaba. El Consejo está deliberando.

—¿Pero qué Consejo?

—El que usted ha visto.

Graham hizo un movimiento de desdén.

—Eso no es justo—dijo.—Quiero que se me diga lo que ocurre.

—Espere usted... es menester que espere usted.

Graham se dejó caer bruscamente en una silla.

—Supongo que habiendo esperado tanto para reanudar la vida—dijo,—puedo esperar un poco más.

—Eso es más prudente—dijo Howard.—Sí, mucho más prudente. Y ahora tengo que dejarle á usted aquí. Sólo por un rato. Lo necesario para esperar la deliberación del Consejo... lo siento mucho.

Encaminóse á la silenciosa puerta, vaciló, y salió por último.

Graham se aproximó á la puerta, trató de abrirla, encontróla sólidamente cerrada por algún medio que nunca pudo comprender, dió algunos pasos con intranquilidad, hizo un viaje circular alrededor del aposento, y volvió de nuevo á sentarse. Permaneció así gran rato, con los brazos cruzados y fruncidas las cejas, y después, mordiéndose las uñas, trataba de reunir las kaleidoscópicas impresiones de aquella primera hora de su vuelta á la vida; los vastos espacios mecánicos, la interminable serie de aposentos y corredores, la gran lucha entablada á lo largo de aquellos extraños caminos, el pequeño grupo de remotos y antipáticos hombres bajo la colosal estatua de Atlas, la misteriosa conducta de Howard. Y luego la alusión á una vasta herencia, que se había fijado en su mente—vasta herencia quizás indebidamente empleada—de alguna improcedente importancia y oportunidad. ¿Qué haría? ¡Y el silencio de aquel cerrado aposento tenía la elocuencia de una prisión!

Pasó por la mente de Graham con irresistible convicción que esta serie de maravillosas impresiones no eran sino un sueño. Trató de cerrar los ojos y lo consiguió, pero sólo por unos momentos.

Después comenzó á palpar y examinar los objetos y deconocidos enseres de las dos habitaciones que le servían de prisión.

En un espejo oval pudo verse y retrocedió asombrado. Iba vestido con un gracioso ropaje de púrpura y raso blanco, con una corta barba terminada en punta, y sus cabellos, grises ya en muchos sitios, arreglados sobre la frente, de una manera extraña, pero no desprovista de gracia. Aparecía como un hombre de unos cuarenta y cinco años. Por un momento no se reconoció.

Una carcajada acompañó al reconocimiento.

—¡Ir á casa de Warming así—exclamó,—y pedirle que me llevase á almorzar!

Luego pensó en la sorpresa de encontrar á uno ahora y á otro después de sus compañeros de la juventud, y en medio de su contento, se dió cuenta de que todos aquellos con quienes podía solazarse, habían muerto hacía siglos. Tal pensamiento le impresionó rápida y profundamente; se detuvo y su expresión pasó del contento á la consternación.

El tumultuoso recuerdo de las movibles plataformas y la ciclópea fachada de aquella maravillosa calle le dieron toda seguridad. La vociferadora multitud volvió á su mente vívida y clara, y aquellos misteriosos y glaciales hombres vestidos de blanco. Sintióse una diminuta figura, pequeña é ineficaz, lastimosamente conspícua y creyó que todo lo que le rodeaba en el mundo era *extraño*.

CAPITULO VII

EN LAS SILENCIOSAS HABITACIONES

Después Graham reanudó el examen del aposento. La curiosidad le hacía ir de aquí para allí, á pesar de su fatiga. La habitación interior era alta, y el techo tenía forma de cúpula, con una abertura oblonga en el centro, que se abría sobre un tubo, en el cual una rueda de anchas alas giraba, aparentemente con objeto de renovar el aire. La débil y candenciosa nota en su acompasada

y fácil rotación era el solo sonido en aquel silencioso lugar. Al pasar una tras otra las alas, Graham entrevió el cielo un momento. Extrañóle ver una estrella.

Esto le hizo fijar su atención en el hecho de que el brillante alumbrado de aquellos aposentos era debido á una multitud de lámparas de incandescencia colocadas alrededor de la cornisa. No había ventanas. Y empezó á recordar que á lo largo de los vastos departamentos y corredores que había atravesado con Howard, no había visto ventana alguna. ¿Habría ventanas en la ciudad? Indudablemente las había pues él las había visto desde la terraza. ¿Pero se utilizaban para dejar pasar la luz, ó era que la ciudad estaba alumbrada día y noche, de modo que la noche no existía?

Y otro detalle le llamó la atención. En ninguna de las habitaciones había chimenea. ¿Era la estación estival, y eran aquellas habitaciones meramente para el verano ó estaba la ciudad entera uniformemente caldeada? La cuestión despertó en él bastante interés, y comenzó á examinar la bruñida superficie de las paredes, el lecho, de sencilla construcción, las ingeniosas combinaciones, mediante las cuales todo servicio de alcoba quedaba prácticamente suprimido. Y sobre todo una curiosa ausencia de amanerados adornos, una desnuda gracia de forma y color, que encontró muy agradable á la vista. Había sillas verdaderamente cómodas, una mesilla con algunas botellas de esencias, vasos, y dos bandejas conteniendo una substancia diáfana semejante á gelatina. Luego notó que no había libros, ni periódicos, ni objetos de escritorio.

Observó que un lienzo entero de pared de la habitación exterior estaba ocupado por estantes donde descansaban unos peculiares cilindros dobles, rotulados con grandes caracteres verdes, sobre fondo blanco, que armonizaban con el estilo decorativo del aposento, y en el centro se destacaba un pequeño aparato de un metro cuadrado poco más ó menos, y tenía un frente liso y blanco. Se le ocurrió la idea de que aquellos cilindros podían ser libros, ó un moderno sucedáneo de los libros, pero al principio no le pareció así.

Los rótulos de los cilindros le llenaron de curiosidad.

Al primer momento le parecieron escritos en ruso. Después observó una reminiscencia de un inglés mutilado en algunas palabras.

Oi Man huwdhi Kin,

le pareció que debía decir: «El hombre que quería ser rey» (1).

—Deletreo fonético—se dijo.

Recordaba haber leído una historia con este título, después acudió vivamente á su memoria, una de las mejores historias del mundo. Pero aquella que tenía delante no era un libro según él comprendía los libros. Descifró los títulos de dos cilindros adyacentes: *El Corazón Oscuro*, que no había oído nombrar nunca, y *La Madonna del Futuro*. No cabía duda de que, si eran realmente novelas, pertenecían á autores de la época postvictoriana.

Examinó estos cilindros un rato y luego los colocó en su estante. Después se acercó al aparato cuadrado y lo estudió detenidamente. Abrió una especie de tapa y encontró uno de aquellos dobles cilindros dentro, y en la parte superior un botoncito semejante al de los timbres eléctricos. Apretó este botoncito y oyó un rápido rechinamiento que cesó en el acto. Percibió el sonido de voces y de música, y se percató de que en la tapa bruñida se movían unas figurillas coloreadas, en el centro de una decoración.

Y no tan sólo se movían, sino que conversaban en voz diminuta pero clara. Era exactamente una escena vista á través de unos gemelos de teatro invertidos y oída al extremo de un largo tubo. Su interés fué inmediatamente excitado por la situación, que representaba á un hombre paseando arriba y abajo y vociferando airadas frases á una linda, pero petulante mujer. Ambos llevaban las pintorescas vestiduras que tan extrañas parecían á Graham.

—«Yo he trabajado—decía el hombre—¿pero tú qué has hecho?»

—¡Oh!—dijo Graham, y olvidándolo todo, se dejó

(1) En ingles: «The Man who would be hing.»

caer en una silla. A los pocos momentos se percató de que le nombraban, oyó: «Cuando el dormido despierte», usado jocosamente como un proverbio para los asuntos á que se da demasiadas largas, y pasó por la escena en persona, una cosa remota é increíble. Pero á los pocos momentos conocía á aquellos dos personajes como si fuesen sus íntimos.

Por último, terminó aquel drama en miniatura, y la blanca superficie del tablero quedó vacía.

Era un extraño mundo este que se le había permitido ver, sin escrúpulos, amante del placer, enérgico, sutil, un mundo, asimismo, de intensa lucha económica; había alusiones que no acertaba á comprender, incidentes que entrañaban extrañas sugestiones de ideales morales alterados, destellos de dudosa claridad. La tela azul que bullía tan abundantemente en su primera impresión de las calles, aparecía otra vez como el color típico de las clases populares. No le cabía duda de que la obra dramática era contemporánea, y su intenso realismo era innegable. Y su trágico final le dejó muy impresionado. Se quedó mirando la bruñida superficie.

Hizo un movimiento y se frotó los ojos. Levantóse y las impresiones comenzaron á desfilar por su mente. Pasó la claridad del microscópico drama; y la lucha en el vasto camino, el ambiguo Consejo y las rápidas fases de su despertar, acudieron á su memoria. Le habían hablado del Consejo con sugestiones de una vaga universalidad de poderes. Y habían hablado del Durmiente; quería recordar precisamente lo que habían dicho...

Pasó á la alcoba y atisbó aprovechando los intervalos en que las alas del aparato giratorio no interceptaban su vista. Este, en sus evoluciones, producía un cadencioso ritmo de maquinaria. El único sonido perceptible. Aun cuando un día perpetuo iluminaba sus aposentos, se percató de que los trozos de firmamento entrevistos afectaban un azul profundo, casi negro, con un polvo de estrellitas...

Continuó el examen de las habitaciones. No encontró manera de abrir la puerta; no vió campanilla ni otro medio de llamar en caso de precisión. Su admiración parecía latente; pero se sentía curioso, curioso para obtener informes. Deseaba conocer exactamente cómo debía comportarse ante estas nuevas cosas. Trató de refrenarse hasta que alguien viniera junto á él. Bien pronto comenzó á sentirse inquieto ansioso por saber, por distraerse, por experimentar nuevas sensaciones.

Volvió al aparato, en la habitación contigua, y pronto adivinó el método de reemplazar los cilindros. Al hacerlo así, ocurriósele que, merced á estos pequeños mecanismos, el lenguaje se había fijado, llegando todavía claro y comprensible transcurridos doscientos años. El cilindro colocado, escogido al azar, inició una fantasía musical. Hermosa al principio hasta convertirse en sensual. Bien pronto reconoció lo que le parecía ser una versión alterada de la leyenda de Tannhaüser. La música le era completamente nueva. Pero el drama era realista, y con un sabor contemporáneo desconocido. Tannhaüser no iba á Vernesberg, sino á Villa Placer. ¿Qué era Villa Placer? Un sueño seguramente, la fantasía de un voluptuoso libretista.

Llegó á sentir ansiedad, interés. La historia se desarrollaba con un dejo de extraño sentimentalismo. Al poco rato cesó de gustarle. Y le agradaba menos á medida que iba desarrollándose.

Sintió una revulsión de sentimientos. Aquello no era una pintura, ni una idealización, sino realidades fotografiadas. No quiso saber nada más de la Vernesberg del siglo XXII. Olvidó la parte representada por el modelo del siglo XIX y se dejó exaltar por una injusta indignación. Levantóse enfadado y casi con vergüenza de haber presenciado aquello, aun solo. Empujó el aparató y forcejeó para detener el movimiento. Algo estalló. Una chispa violada le fulminó y paralizó el brazo, y el aparato quedó inmóvil. Cuando al siguiente día trató de reemplazar el cilindro de Tannhaüser por otro, encontró que estaba roto...

Comenzó á dar paseos transversales por la habitación, luchando con intolerables impresiones. Las cosas que había deducido de los cilindros, y las cosas que había visto, le confundían, le ponían en un conflicto. Lo que

más le sorprendía era que, en sus treinta años de vida, no se le hubiese ocurrido jamás formarse un cuadro de los tiempos venideros.

—Hacíamos el futuro—dijo,—y apenas nos preocupábamos en pensar qué futuro estábamos haciendo. Y aquí está ese futuro.

Pensó en Bellamy, el héroe de cuya socialista utopía, había anticipado de un modo tan extraño esta experiencia. Pero aquí no había utopía ni estado socialista. Había visto lo bastante para cerciorarse de que la antigua antítesis del lujo, el despilfarro y la sensualidad de un lado, y la miseria más abyecta del otro, persistían aún. Conocía bastante de los factores esenciales de la vida para comprender esta correlación. Y no eran solamente los edificios de la gigantesca ciudad, y la muchedumbre en la gigantesca calle; las voces que habían oido en su trayecto, la inquietud de Howard, la atmósfera misma, hablaban de un gigantesco descontento. ¿En qué país estaba? Le parecía Inglaterra, y sin embargo anti-inglés. Su mente se fijó en el resto del mundo y vió tan sólo un enigmático velo.

Recorrió el aposento examinándolo todo como un animal enjaulado. Se sentía muy cansado, sentía esa febril extenuación que no admite reposo. Escuchó durante largos intervalos debajo del ventilador para percibir algún remoto rumor del tumulto que indudablemente recorría las calles de la ciudad.

Comenzó á monologuear.

—¡Doscientos tres años!—se dijo repetidas veces riendo estúpidamente.—¡Así, pues tengo doscientos treinta y tres años! El habitante más viejo. Seguramente no habrán desviado la tendencia de nuestro tiempo, encauzándola á los tiempos más antiguos. Mis derechos son indisputables. Gruñe, gruñe. Recuerdo las atrocidades búlgaras como si fueran de ayer. ¡Este es un gran siglo! ¡Ah, ah!

Sorprendióle al principio oirse reir, y luego rió deliberadamente y con mayor fuerza. Después se dió cuenta de que se estaba conduciendo locamente.

—¡Seriedad!—dijo.—¡Seriedad!

Su paso se hizo más regular.

—¡Este nuevo mundo!...—dijo.—Yo no lo comprendo. ¿Por qué? ¡Pero todo no es más que *por qué!* Supongo que pueden volar y hacer toda clase de cosas. Tratemos de recordar cómo ha empezado...

Al principio le sorprendió encontrar cuán vagas se habían tornado las memorias de los primeros treinta años. Recordaba fragmentos, triviales momentos en su mayor parte, pero no las cosas de gran importancia que había observado. Su adolescencia le pareció, al principio la más accesible, y recordó ciertos libros de texto y algunas reglas de medición. Después volvió á recordar las cosas más salientes de su vida, memorias de la esposa, muerta hacía tanto tiempo, su mágica influencia ahora más allá de toda corrupción, de sus rivales y amigos y envidiosos, de la precipitada decisión sobre esto y lo otro, y después, de sus últimos años de infortunio, de indecisas resoluciones, y por fin sus excesivos estudios. Bien pronto comprendía que volvía á poseerlo todo de nuevo; empañado quizás, como metal olvidado en un rincón largo tiempo, pero de ningún modo deteriorado, capaz de adquirir el pulimento de nuevo. Y el matiz de ello con una creciente miseria. ¿Era él digno de volver á ser pulimentado? Por un milagro había sido arrancado á una vida que le era intolerable...

Volvió á su presente condición. Luchó en vano contra los hechos. Llegó á parecerle todo una inextricable madeja. Vió que el cielo, á través del ventilador, se teñía con el rosa del crepúsculo. Una antigua persuasión emergió de los oscuros abismos de su memoria.

—Es preciso que duerma—se dijo.

Se le apareció como un delicioso alivio de su mental agonía y de la creciente fatiga y debilidad de sus músculos. Dejóse caer en el extraño lecho y bien pronto quedó dormido...

Estaba destinado á familiarizarse con aquellos aposentos antes de abandonarlos, pues permaneció en ellos tres días encerrado. Durante este tiempo, nadie, excepto Howard, penetró en su prisión. La maravilla de su destino se mezclaba, y en cierto modo disminuía la maravilla

de su resurrección. Había despertado, á lo que parecía, tan sólo para ser sumido en una inesperada soledad. Howard acudía regularmente con sutiles alimentos y nutritivos fluidos, y ligeros y agradables manjares, enteramente extraños para Graham. Cerraba cuidadosamente la puerta cuando entraba. En materia de detalles era la amabilidad personificada, pero por lo demás se negaba en absoluto á explicar nada de lo que pudiera interesar al recluído. Evadía, con tanta cortesía como le era posible, toda pregunta acerca de los asuntos políticos del país.

Y en aquellos tres días los pensamientos de Graham adquirieron mayor extensión y fueron más lejos. Todo lo que había visto, todo aquel cuidado puesto para impedirle que viese, no cesaba de trabajar en su mente. Discutió casi todas las posibles interpretaciones acerca de su posición, y hasta sin hacer alto en ella, la verdadera interpretación. Cosas que se le ocurrieron llegaron á parecerle por último creíbles, en virtud de su reclusión. Cuando por fin llegó el momento de su liberación, le encontró preparado...

La conducta de Howard contribuyó á aumentar la impresión que Graham tenía acerca de su propia importancia; sus preguntas se hicieron más definitivas y concretas. Howard tomaba la retirada entre protestas y dificultades. El despertar había sido imprevisto, repetía; parecía haber coincidido con los comienzos de una convulsión social.

—Para explicarlo, tendría que contarle á usted la historia de una gruesa y media de años—protestó Howard.

—El asunto es este—dijo Graham.—Ustedes temen algo que yo puedo hacer. En algún modo soy un árbitro... ó pudiera serlo.

—No es eso. Pero usted cuenta... esto sí puedo decirlo... con el automático aumento de su fortuna, y esto pone grandes probabilidades de intervención en sus manos. Y por otros conceptos, usted tiene influencia, con sus nociones del siglo XVIII.

—Siglo XIX—corrigió Graham.

—Con las nociones de su viejo mundo, en fin, ignorante como está usted de todo el mecanismo de nuestro estado...

—¿Soy yo un loco?

—No, ciertamente.

—¿Tengo yo cara de obrar imprudentemente?

—Nadie esperaba que obrase usted de ningún modo. Nadie imaginaba que usted despertaría. El Consejo le había rodeado á usted de materias antisépticas. En verdad, nosotros creíamos que estaba usted muerto... un mero caso de conservación. Y... pero esto es demasiado complicado. No osábamos de repente... mientras no estaba usted sino á medio despertar...

—No debía hacerse—dijo Graham.—Supongamos que es como usted dice... ¿por qué no se me ilustra noche y día con hechos y consejos, y toda la sabiduría del tiempo, necesaria para llenar mis responsabilidades? ¿Soy más sabio ahora que dos días hace, si es que hace dos días que desperté?

Howard se pellizcó los labios.

—Empiezo á tener... lo tengo con más claridad á cada momento... el presentimiento de una complicada ocultación de la cual es usted el punto saliente. ¿Ese Consejo ó Comité, ó lo que sea, no percibe las rentas de mi herencia?

—Esa sospecha...—dijo Howard.

—¡Bah!—dijo Graham.—Y ahora fíjese usted en lo que voy á decirle; los que me tienen aquí no lo pasarán bien. De ningún modo. Yo estoy vivo. No le quepa á usted duda... estoy vivo. Cada día mi pulso es más fuerte y mi mente más clara y vigorosa. No más quietismo. Soy un hombre devuelto á la vida, y quiero vivir...

«¡Vivir!»

El semblante de Howard se iluminó con una idea, adelantó hacia Graham y le habló en tono confidencial. El Consejo le tiene á usted aquí por su bien, usted está intraquilo. Naturalmente... un hombre enérgico... se encontrará usted aburrido. Pero nosotros estamos ansiosos por complacerle en cuanto desee... todo... todo... Quizá yo adivine... ¿quisiera usted tener compañía?

Se detuvo intencionadamente.

—Sí—dijo Graham pensativo;—lo quisiera.

—¡Ah! ¡Nos hemos descuidado!

—Los grupos que iban por las calles.

—Eso—dijo Howard,—me temo... Pero...

Graham comenzó á dar paseos á lo largo del aposento. Howard permaneció cerca de la puerta contemplándole. La intención del ofrecimiento de Howard era tan sólo medio de evasiva para Graham. ¿Compañía? Suponiendo que aceptase la propuesta, ¿qué clase de compañía pediría? ¡No sería posible que pudiese recojer de sus conversaciones con un compañero algún indicio de la lucha que había comenzado tan vivamente en los momentos de su despertar! Meditó de nuevo, y la idea comenzó á tomar cuerpo. Volvióse de pronto hacia Howard.

—¿Qué entiende usted por compañía?

Howard levantó los ojos y se encogió de hombros.

—Humanos seres—dijo con curiosa sonrisa.—Nuestras ideas sociales tienen cierto aumento de liberalidad quizás, en comparación con su tiempo. Si un hombre desea librarse del tedio... nada mejor que la sociedad de una mujer. No lo creemos escandaloso. Hemos aclarado nuestra mente de fórmulas. Existe en nuestra sociedad una clase, una necesaria clase, no ya despreciada... discreta...

Graham se quedaba atónito.

—Eso le hará hallar menos pesado el tiempo—continuó Howard.—Una cosa en la que debí haber pensado antes, pero con todas estas ocurrencias...

Y señaló el exterior.

Graham vaciló. Por un momento la figura de una posible mujer que su imaginación creó súbitamente, dominó su mente con intensa atracción. Después tuvo un acceso de cólera.

—¡No!—gritó.

Comenzó á dar vivos paseos por la estancia.

—Todo lo que usted dice, todo lo que usted hace, me convence... de algún gran acontecimiento con el cual estoy relacionado. No deseo pasar el tiempo como usted dice. Sí, ya sé. Deseo é indulgencia son vida en un sentido... ¡y muerte! ¡Extinción! En mi vida anterior

á mi sueño, he tratado de esa lastimosa cuestión. No quiero empezar de nuevo. Aquí existe una ciudad, una multitud, y entretanto yo estoy aquí como un conejo en el morral.

Su cólera aumentó. Se dejó llevar de ella y prorrumpió en furiosas maldiciones. Sus gestos eran más elocuentes que las palabras.

—No sé cual puede ser su partido. Estoy en la oscuridad y ustedes me mantienen en ella. Pero tengo la seguridad de que no me han recluído aquí con ningún buen propósito. Le prevengo, le aviso de las consecuencias. Tan pronto como ocupe mi puesto...

Se percató de que toda amenaza podía volverse contra él. Se detuvo. Howard le miró con curiosa expresión.

—Llevaré este mensaje al Consejo—dijo.

Graham sintió un momentáneo deseo de arrojarse sobre él, derribarle y dejarle fuera de combate. Sin duda debió pintarse el impulso en su rostro, pues los movimientos de Howard fueron vivísimos. En un segundo la silenciosa puerta se encontraba cerrada, y el hombre del siglo XIX completamente solo.

Por un momento quedó rígido, con las crispadas manos en actitud amenazadora. Después las dejó caer.

—¡Que loco he sido!—dijo

Y de nuevo se dejó dominar por la cólera, paseando por la estancia y lanzando una sarta de juramentos.

Durante un gran intervalo estuvo como asaltado de una especie de frenesí, maldiciendo de su posición y de su propia locura, y de los miserables que le tenían prisionero. Y hacía esto porque no quería ver con calma su posición. Se aferró á su cólera, porque temía al *temor*.

Bien pronto encontróse razonando consigo mismo. Su prisión era inexplicable, pero sin duda las formas legales, las nuevas formas legales, lo permitían. Indudablemente aquello era legal. Estas gentes iban doscientos años más allá en civilización, que la generación Victoriana. No era posible que fuese menos... humana. ¡Y sin embargo, habían aclarado su mente de fórmulas! ¿Sería la humanidad una fórmula como lo era la castidad?

Su imaginación comenzó á seguir todas las cosas que podían hacerle, conjeturar algo.

—Si llegase lo peor de lo peor—se encontró diciendo por último,—puedo convenir en lo que desean. Pero ¿qué es lo que desean? ¿Y por qué no lo piden en lugar de tenerme en esta incertidumbre?

Volvió á su primera preocupación acerca de las posibles intenciones del Consejo. Empezó á reconsiderar los detalles de la conducta de Howard, sus siniestras ojeadas, sus inexplicables vacilaciones. Entonces, por la primera vez, su mente acarició la idea de una fuga de aquellos aposentos; pero ¿cómo escapar en aquel vasto y frecuentado recinto? Y primero ¿cómo salir de aquellas habitaciones?

—¿Qué beneficios puede reportar á nadie, el que me ocurra un daño á mí?

Pensó en el tumulto, la agitación social de la que parecía ser él la inocente bandera. Un recuerdo, bastante inoportuno, y sin embargo, insistente, se presentó fuera de las oscuridades de su memoria. Otro Consejo había dicho.

«Es buena medida la de que un hombre muera en bien del pueblo.»

CAPITULO VIII

POR LOS TEJADOS

Como las alas en la abertura circular del aposento interior continuasen girando y permitiesen entrever intervalos de cielo, confusos sonidos fueron oídos procedentes de arriba. Y Graham, sentado debajo, luchando en las tinieblas con los desconocidos poderes que le tenían aprisionado, y que ahora comenzaban á preocuparle, se sobresaltó al sonido de una voz.

Levantó los ojos y vió, en los intervalos de la rotación,

confusamente, el rostro y los hombros de un hombre que le miraba. Después, una oscura mano se extendió, y algo comenzó á caer en el pavimento resonando apenas.

Graham miró al suelo y vió manchas de sangre. Levantó de nuevo la vista con extraña excitación. La figura había desaparecido.

Permaneció inmóvil, todas sus potencias estaban reconcentradas en la movible faja de oscuridad, pues en el exterior había cerrado la noche. Se percató de algunos débiles, remotas y negras manchas que flotaban en el exterior. Bajaron hacia el agujero, y fueron dispersas por las alas del ventilador. Se vió un destello de luz, las manchas se tornaron blancas, y la oscuridad se enseñoreó de nuevo. A pesar del calor y la luz en su cuarto, vió que nevaba encima.

Graham dió una vuelta por el aposento y volvió de nuevo debajo del ventilador. Vió pasar la cabeza de un hombre. Percibió un murmullo de voces. Después un pequeño golpe en alguna sustancia metálica, esfuerzos, voces, y el ventilador se detuvo. Un reguero de copos de nieve penetró en la habitación, deshaciéndose antes de llegar al suelo.

—No tenga usted temor—dijo una voz.

Graham se colocó debajo de la abertura.

—¿Quiénes son ustedes?—preguntó en voz baja.

Por un momento no se oyó sino una ondulación del ventilador, y después la cabeza de un hombre apareció en el agujero. Su rostro aparecía como invertido á Graham; su negra cabellera estaba blanqueada por la nieve. Su brazo se extendió en la oscuridad conduciendo algo que no podía verse. Aquel rostro era juvenil y de brillantes ojos, y las venas de su frente estaban hinchadas. Parecía hacer un gran esfuerzo para mantenerse en aquella posición.

Durante algunos momentos ni él ni Graham dijeron una palabra.

—¿Es usted el durmiente?—dijo por último el desconocido.

—Sí—dijo Graham.—¿Qué me quiere usted?

Me envía Ostrog, señor.